

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et iustitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—  
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 53, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

## CÓRTEES.

### CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS.

Extracto de la sesión celebrada el día 30 de Abril de 1868.

Abierta a las tres y cuarto, se leyó y fué aprobada el acta de la sesión anterior.

El señor ministro de la GOBERNACION subió de uniforme a la tribuna y leyó un decreto dado por S. M. la Reina, en el que se manifiesta que por consentimiento de su familia y al bien del Estado, daba su consentimiento a la celebración del matrimonio de su amada y querida hija la infanta doña María Isabel con su amado primo don Gayetano María Enrique de Borbon, conde de Girgenti.

El presidente del CONSEJO DE MINISTROS manifestó que aun cuando en observancia estricta del precepto constitucional, S. M. la Reina no tenía necesidad de dar cuenta a las Cortes de este fausto suceso, siguiendo su costumbre de manifestar en todos casos la mayor deferencia a la representación nacional, había manifestado a su Consejo de ministros su intención de comunicar a las Cortes su resolución sobre este punto.

Terminó diciendo que el Congreso, en su concepto, agradecería esta deferencia de S. M. hacia la Cámara, y se asociaría a este fausto suceso.

El señor PRESIDENTE dijo que ayer fué llamada por S. M., y de sus augustos labios oyó la feliz nueva a que el decreto leído se refiere, manifestándose como presidente del Congreso.

Además propuso a la Cámara y esta aprobó por unanimidad el nombramiento de una comisión por la mesa para felicitar a S. M.

Entrando en el orden del día, continuó el debate sobre el proyecto de ley de Banco.

El señor conde de TORENO usó de la palabra para una alusión personal; pero hecha una aclaración por el presidente del Consejo de ministros, terminó su breve discurso.

El Sr. DANVILA usó de la palabra para rectificar al discurso pronunciado ayer por el presidente del Consejo de ministros, diciendo que él no había ofendido con sus palabras al ministro de Hacienda.

Afirmó además, que él no tenía como había dicho el presidente del Consejo el tejaído de vidrio, ni necesitaba decir que quien tuviera el tejaído de vidrio que le tirase la primera piedra.

El señor presidente del CONSEJO rectificó a su vez a lo dicho por el Sr. Danvila, reproduciendo las afirmaciones que había hecho en su discurso de ayer.

El Sr. GUERRA usó de la palabra en pró combatiendo los argumentos que contra el proyecto de ley que se discute habían esputado los Sres. Rodríguez (D. Braulio) Nocedal y Danvila.

Usaron de la palabra para alusiones personales los Sres. Barnola y Fivaller.

El Sr. CARDENAL: Sres. diputados, tres años hace que no tengo el honor de dirigiros la palabra, y hoy seguiría en el silencio si una necesidad absoluta no me impulsara a romperlo. Todo el mundo sabe que cuando este proyecto se presentó por el señor duque de Valencia, me apresuré a pedir la palabra en pró, y que después de su fallecimiento la he pedido en contra. Esto necesita algunas explicaciones francas, llanas y terminantes, que yo voy a dar, porque se trata, no de una cuestión técnica, sino de una cuestión de confianza política, que planteó el señor duque de Valencia, y que ahora creo yo que debiera haberse retirado.

Pero antes de dar estas explicaciones, he de decir que en mi concepto los votos de confianza pueden y deben pedirse y concederse en circunstancias muy excepcionales, y a personas muy especiales y muy altamente colocadas en la opinión. Este voto nació sencillamente de una posición anómala en que se encontró la Cámara respecto del Sr. duque de Valencia.

El general Narvaez, que tenía aquí una gran mayoría y una gran influencia en el país, vio que, fuera de este sitio, podía dársele si existía confianza respecto de él en esa mayoría, y por consiguiente la pidió su voto debiendo pedirlo, y en ese concepto yo pensaba haberle apoyado. Esta es para mí la cuestión principal; porque respecto del establecimiento del crédito territorial todos estamos conformes; y respecto al modo de plantearle, tanto el Gobierno actual como el anterior han dicho que no tenían pensamiento preconcebido. No puede, pues, haber cuestión ni sobre el establecimiento ni sobre su forma: la cuestión está reducida a una cuestión política: se trata de ver la confianza que el Gobierno anterior y el actual inspiran a la Cámara.

Yo me apresuré a pedir la palabra en pró del voto de confianza pedido por el señor duque de Valencia, porque en esta cuestión el Gobierno no podía alegar sus propios merecimientos, y era preciso que los alegráramos sus amigos; pero padeciendo a la sazón de la garganta, cedí la palabra al señor Guerra, que con motivo de la muerte del ilustre caudillo del partido moderado no la ha usado hasta hoy.

¿Quién era, señores, el duque de Valencia? No necesito decirlo: todos sabéis que era una de las glorias de nuestro país; todos sabéis que desde que vino de la emigración en 1833 se dedicó a agrupar y a organizar el partido moderado, y que consiguientemente esto, no trató de otra cosa sino de dar tranquilidad al país, haciendo en el poder cuanto consistía la política y la administración de una nación bien regida.

Las leyes que en su tiempo se hicieron han durado mucho, y hubieran durado mucho más si la existencia del partido de la unión liberal. Recordad, señores, el período de 1845 a 1848, en que rodaban Tronos seculares, y estaba amenazada la tiara del Pontífice y la misma cabeza del inmortal Pío IX. En esta nación fué donde se enseñó por el general Narvaez a todas las demás naciones la resistencia a la revolución. Ese hombre, en virtud de una duda que surgió en esta Cámara, la pidió un voto de confianza, y era preciso dársele, tanto más, cuanto que además de todos sus servicios tenía la circunstancia de la firmeza de sus principios y de su constante consecuencia, lo cual daba una garantía inmensa para el porvenir. Lo pasado respondió de lo futuro, y no se podía dudar del uso que haría del voto que aquí se le diese. Por eso pedí la palabra en pró, y la hubiera usado con tanto gusto como pesar tengo al usarla hoy.

¿Sucede lo mismo que sucedía respecto del duque de Valencia con el actual Gabinete?

Señores, yo no volveré la vista a los primeros albores de la carrera política del Sr. Gonzalez Brabo; yo no hubiera tomado su vida desde 1843; pero el discurso que S. S. pronunció ayer me obliga a

hacerlo, porque importa rectificar errores gravísimos cometidos por S. S. en la improvisación de su defensa personal. Yo me explico perfectamente estos errores; pero el hecho es que existen y que hay que rectificarlos.

¿Qué razones nos dió S. S. para justificar el acontecimiento de 1843, que yo elogio, y por el cual creo que hizo una gran adquisición el partido moderado? Yo siento tener que ocuparme de esto; pero necesito poner en su verdadero lugar los sucesos. ¿Qué nos dijo el Sr. Gonzalez Brabo? Que hizo aquella evolución movido de un sentimiento patriótico, sin interés personal, y porque el poder público estaba por el suelo y no había quien recogiera la cartera que estaba en el arroyo para poner su firma delante de la palabra de la Reina. Decir esto es presentarse S. S. como el héroe único de aquella época, menoscabando una colectividad respetable, como la del partido moderado, que existía entonces como existe ahora. ¿Qué sería de la dignidad del mismo señor duque de Valencia, de los Conchales, los Armeros, los Pezuelas, los Martínez de la Rosa, los Mayans y de tantos hombres ilustres como forman el estado mayor del partido moderado, si el Sr. Gonzalez Brabo hubiera sido entonces una necesidad política? Esto ya lo ha dicho S. S. otra vez, y entonces el señor general Narvaez le contestaba lo siguiente: (Leyó.)

Pues bien, señores: recordad la escena de anoche. Uno de los momentos en que el señor presidente del Consejo de ministros arrancaba anoches aplausos de la mayoría era cuando decía esto; y entonces la mayoría aplaudía lo que, si hubiera sido cierto, era la mayor indignidad en el partido moderado: el haber dejado abandonada la cartera del poder en medio del arroyo.

Anoche decía S. S.: (Leyó.) Yo no hubiera traído esta cuestión; pero el propósito del Sr. Gonzalez Brabo de presentarse como único héroe con detrimento del partido moderado, de la lealtad y del valor de sus individuos, me obligan a hacerlo a mi pesar. Yo no pensaba haber examinado la vida política del Sr. Gonzalez Brabo sino desde que ya estuvo en nuestro partido. El año 1848, cuando el señor duque de Valencia ganaba magníficas batallas en la calle contra la revolución, ¿dónde estaba el Sr. Gonzalez Brabo? (El señor presidente del Consejo de ministros: Al lado del general Narvaez.) Sin embargo, S. S. que entonces era diputado, iba desterrado a Canarias por el señor duque de Valencia, lo cual no era prueba de que fuera muy amigo suyo. Yo siento recordar estos hechos; siento tratar esta cuestión personalísima, y por lo tanto desagradable; pero el hecho es que arroja la cara importa, que el espejo no hay por qué.

Llegan posteriormente acontecimientos como los del año 1854, y el partido moderado es vencido por la revolución, y se presenta por primera vez el partido democrático, y el Sr. Gonzalez Brabo, moderado en 1843, desterrado en 1848, se lanza en una reunión pública a saludar a la joven democracia.

Posteriormente todavía, el Sr. Gonzalez Brabo tuvo conatos de ser neo-católico, como lo prueba la cuestión de presidencia del Sr. Nocedal, que había declarado que no era ni moderado ni liberal. Yo tuve entonces que presentar la dimisión del cargo que desempeñaba, y se me arguyó que no se sabía por qué tenía estos escrúpulos después de haber aceptado leyes muy restrictivas; a lo que yo respondí que esas leyes para mí eran transitorias, y las ideas del Sr. Nocedal eran consuetudinarias, por lo cual representaban nuestra abdicación y hasta nuestra degradación si consentíamos en que fuera presidente de la Cámara. Entonces yo no tengo la pretensión de suponer que eché abajo esa candidatura del Sr. Nocedal; pero creo que contribuí a ello, como el modesto centinela que da la alarma a toda una guarnición disparando un tiro.

Pues bien, señores, si el pasado es el que nos responde del porvenir, ¿os da tranquilidad el pasado político del Sr. Gonzalez Brabo aun dentro ya de nuestro partido para votar una autorización ciega? A mí no me la inspira. Yo no quiero acostarme moderado, y amanecer neo-católico o demócrata.

Y si esto no es basta, no necesitamos para convencernos de esa falta de firmeza en los principios que tiene el Sr. Gonzalez Brabo, sino recordar lo que ha pasado con el Sr. Amorós, a quien contestaba S. S. tratándose de la interpelación sobre la crisis Barzanallana-Belda, que aquí solo se venía a hacer leyes; y lo que pasó cuando luego el señor Nocedal decía eso mismo, y se le contestaba por el Sr. Gonzalez Brabo que aquí no se venía a hacer leyes, sino a hacer Gobiernos.

Es imposible, pues, con estos antecedentes dar un voto de confianza. Traiga aquí el Gobierno leyes articuladas y se las votaremos o no, según las creamos beneficiosas o funestas para el país; pero la confianza a ciegas no podemos dársela.

Decía ayer el Sr. Gonzalez Brabo que este ministerio era el mismo del señor duque de Valencia sin el duque de Valencia; es decir, S. S. venía a asegurar una cosa parecida a que la noche y el día eran iguales, sino que de noche no había luz.

Y para probaros que no se inspira en las ideas y las tradiciones que dice el Sr. Gonzalez Brabo, ¿qué actos ha hecho el actual Gobierno desde su advenimiento al poder después de la muerte del ilustre duque de Valencia? El ascenso de dos tenientes generales a capitanes generales; pues ¿cómo ha de estar esto inspirado en las ideas del señor duque de Valencia, que teniendo una vacante natural de capitán general, tardó tanto tiempo en proveerla, a pesar de que el designado para ocuparla tenía tantos merecimientos como el señor conde de Castejo? No; esto ha sido un acto de prudencia infantil, no un acto inspirado en las ideas del duque de Valencia.

Otro acto del señor presidente del Consejo de ministros ha sido el decirnos ayer que si el Gobierno se iba del poder, debía este pasar a la fracción más vigorosa del partido moderado; es decir, a la fracción más amiga de la resistencia: cuando el señor duque de Valencia decía no hace mucho al señor marqués del Duero que esa resistencia tenía pronto que concluir. Es imposible, pues, para mí deducir de estos antecedentes la confianza en el Gobierno actual.

Por eso, aunque pedí la palabra en pró de la autorización, hoy la he usado en contra. Ya sabéis los motivos, y os ruego que me dispenséis el haberlos molestado para ponerlos de manifiesto.

Habiendo pasado las horas de Reglamento, se prorogó la sesión.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (Gonzalez Brabo): El Sr. Cardenal ha tenido por conveniente discutir mi persona con motivo de

la discusión del voto de confianza, y lo ha hecho por medio de consideraciones que en mi concepto son poco importantes, pero que yo admito como si lo fueran. No me defendre, pues, a examinar esa especie de croquis que S. S. ha hecho de la transición que a mí había tenido lugar después de la muerte del señor duque de Valencia. No es aquí donde yo he de hacer fuerza para defendirme, para defender a la mayoría y para defender al mismo Sr. Cardenal.

¿Desde cuándo soy yo lo que ha supuesto el señor Cardenal? ¿Desde la muerte del señor duque de Valencia? No; antes sí; pues antes me ha dado S. S. muchas pruebas de confianza, y yo a S. S. muchas pruebas de amistad.

Pero aun suponiendo que S. S. me haya considerado engastado en una administración y limitado en mi acción por mis compañeros de Gabinete, ¿cuáles han sido los sucesos? Veámoslos. Acerca de 1843 yo dije ya en otra ocasión, y lo repetido ayer, que la cartera estaba en el arroyo y que yo la recogí; pero no me presente espontáneamente para recogerla; me fué a buscar el señor duque de Valencia a mi casa a las altas horas de la noche porque era Vicepresidente cuarto del Congreso y amigo particular del señor duque de Valencia desde algún tiempo antes, con motivo de unos pliegos que le llevé desde el campamento del general Sarrailh antes de la acción de Torrejon de Ardoz. Durante el ministerio presidido por el Sr. Olózaga, el señor duque de Valencia me llamó para decirme lo que me pensaba. Fuimos a Palacio los presidentes, vicepresidentes y secretarios de las Cámaras; dimos nuestra opinión acerca de lo que ocurría, y yo fui encargado, en compañía del señor marqués de Pidal, de formar Gabinete.

No encontré con quien formarle; me fui a mi casa, y me acosté porque estaba enfermo; al día siguiente fui a Palacio a dar cuenta de mi cometido, y allí el señor general Narvaez me dijo que era preciso que me encargara por lo menos de una cartera. S. M. me lo repitió; no pude menos de hacerlo. Yo entonces era un joven que hacía dos años y medio que había venido a la vida parlamentaria, y no podía ser llamado a aquel alto puesto sino porque no había otro que se encargara de él. ¿Era esto una indignidad de partido? No. Era que las circunstancias eran muy graves.

Es cierto que la cartera estaba literalmente en manos de la Reina, como dijo el señor duque de Valencia en esa ocasión que S. S. ha citado; pero moralmente estaba como yo dije: el partido moderado atravesaba una época de sobreexigencia, y todos sus hombres tenían miedo de comprometer la causa que trabajaban de verdad, y ni el Sr. Cardenal, ni nadie tuvo derecho a suaver que al manifestar lo que querían infamar, manchar ni desacreditar al gran partido moderado.

Veá el Congreso a que queda reducida la acusación de hacer yo del partido moderado un pedestal en que levantara mi vanidad una estatua para satisfacción personal mía.

Pero, señores, ¿diciéndolo este incidente, veníamos a 1848. Respecto de lo que entonces pasó tengo que invocar la conciencia, la probidad, la lealtad del señor presidente del Congreso, ministro entonces de la Gobernación. El duque de Valencia me encontró a su lado cuando en Madrid sonaban los tiros.

Algunos meses después mediaron diferencias entre el modo con que mirábamos la política el señor general Narvaez y yo; yo hacía en cierto modo la oposición, pero dentro de los principios del partido moderado, y entonces el general tuvo a bien usar conmigo una medida de rigor, que luego cambió en destierro fuera de España. Durante aquel destierro, contestándole a una carta que le escribí manifestándole que si volvía a España seguiría la misma línea de conducta que había seguido; me dijo que tendría gusto en que volviera y en que la Reina pudiera utilizar mis servicios. Pero ¿por qué se me desterró? No lo sé; lo que sí sé es que no pudo ser por deslealtad a la Reina ni por los motivos porque en aquella época fueron desterrados otros muchos. Y repito que en este punto apelo a la conciencia y a la memoria del señor presidente de la Cámara.

El Sr. PRESIDENTE: Si lo desea el Sr. Presidente del Consejo de ministros.

El Sr. Presidente del CONSEJO DE MINISTROS (Gonzalez Brabo): Si señor.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. ha sido gobierno durante muchos años, lo está siendo en este momento: S. S. ha tomado respecto de representantes del país, respecto de otros personajes políticos medidas iguales a las que tomó el ministerio que presidía el señor duque de Valencia desde 1847 a 1851 y especialmente durante sucesos gravísimos que todos los Sres. Diputados recuerdan. ¿Le satisface a S. S. una afirmación mía; completa, respecto a la pregunta que se ha servido hacerme? Si le satisface, yo ruego a S. S. que no me haga entrar en pormenores (El Sr. Presidente del Consejo: No, no; que no pueden traer a este sitio, que yo no pediré jamás a S. S. respecto de otras personas que se han encontrado en idéntico caso que S. S. mismo).

La afirmación respecto de la pregunta que su señoría ha dirigido la ha hecho sin reticencia en todo aquello que pueda tener de favorable, sin intención aviesa ni aun remota en lo más mínimo. Los motivos que tengo para callar son como hombre de gobierno; de consiguiente, quiero que conste, señores diputados, que deseo satisfacer completamente la pregunta que el señor presidente del Consejo de ministros me ha hecho, sin que por eso yo refiera lo que debo al secreto de aquel Gabinete, mucho más habiendo muerto el que lo presidia.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (Gonzalez Brabo): El señor conde de San Luis, entonces ministro de la Gobernación, ha respondido afirmativamente a mi pregunta. No necesito más. Nosotros calificábamos con más o menos rigor la conducta del Gobierno, pero no agitados la revolución. El Gobierno, desecho de mantener su integridad y su fuerza, usó bien o mal de sus facultades: a eso no descendo; pero el término de estos sucesos hubiera sido el mismo aunque yo hubiera dejado de sostener lo que sostenía antes de que se tomaran esas medidas. Yo, sin embargo, tuve buen cuidado de decir al señor duque de Valencia que no había autorizado los pasos que en provecho mío se habían dado cerca de él, y pude volver a Madrid sin que se me creyera arrebatado. No puede, pues, herirme la malicia de ciertas indicaciones del Sr. Cardenal. Viven muchas personas que mediaron en eso, y entre otras está vivo D. Alejandro Mon, que ni un instante dejó de tener para mi familia atenciones que no olvidaré nunca.

¿Qué quedan, pues, de las acusaciones que parecen desprenderse contra mí de las palabras del Sr. Cardenal? No queda nada.

Vamos a la época de 1854, a una escena de que se me ha hablado muchas veces. Estábamos aquí, a poco de haberse iniciado aquel movimiento, varias personas que formaban una especie de comisión que en aquellas circunstancias en que todo parecía deshacerse, pretendía establecer ciertos principios, de donde partiera la restauración del orden.

Celebró esta comisión una reunión en cierta casa; asistí a ella, se habló de confundir en un partido a los que veníamos de diferentes puntos y tendencias, y yo me levanté y dije que si el objeto era venir a una solución común que preparase la restauración de la paz, unidos estaríamos para ello; pero que, conseguido esto, cada cual volvería a su sitio. El general Infante, que presidía aquella reunión, respondió a aquellas palabras aceptándolas. Se nombró allí otra comisión, que trató de hacer un programa para realizar ese pensamiento; se reunió en casa del marqués del Duero, y se encomendó su redacción a un célebre literato que ha muerto.

En él se proclamaba la conservación de la Monarquía y la permanencia de la dinastía. Hubo una sesión acaloradísima; y de parte de quien estuve yo? De parte de la Monarquía y de la dinastía. Pero se dijo que era preciso llevar este programa a una reunión numerosísima. Yo fui; creí de mi deber ir. Se decía que era una reunión amenazadora donde había hombres armados con intenciones que no tuve tiempo de advertir. Trataron de hablar varios oradores y fueron interrumpidos; y queriendo yo hacer uso de la palabra, les dije: «¿Habeis hecho una revolución para que no se oiga aquí más que una opinión? Eso no puede ser. Si viene aquí la democracia fuerte, lleva de vigor y de energía la libertad verdadera; yo saludo y apoyo esa democracia y esa libertad.» y desde entonces me permitieron hablar y sostuve la Monarquía y la dinastía. Allí estaba D. Eusebio Donoso Cortés, que me dijo al salir: «no sé cómo le has permitido decir a V. lo que ha dicho.» ¿Y qué sucedió? Que llegó el parrajo de la Monarquía y se aprobó, y llegó el de la dinastía y pasó también. (May bien, muy bien.)

Así que se suprimió el Senado y la Constitución, me retiré a mis tierras. Allí tienen el Sr. Cardenal y el país la explicación de lo que entonces aconteció. Si mis palabras fueron entonces aplaudidas, yo no tengo la culpa.

Yo he dicho el Sr. Cardenal que yo traté de aliarme con los neos cuando se trató de la candidatura presidencial del Sr. Nocedal, candidatura que, en su modestia, asegura que fué el único que logró destruir. Esa candidatura no nació de mí; nació en el Consejo, y dio lugar a inteligencias entre el Presidente del Consejo y el Sr. Nocedal. Pues qué, siendo lo que era el duque de Valencia, ¿era yo de tal manera fuerte y poderoso que podía imponer la candidatura del Sr. Nocedal?

Yo era uno de tantos en aquel Gabinete, como procuro serlo en este, sin afectar más influencias de las que realmente tengo. Se admitió la candidatura con ciertas condiciones que en nada denigraban la dignidad del señor Nocedal; y no digo más, porque lo reservo, así como se ha reservado, respecto a otra cuestión, el señor Presidente del Congreso. El señor Cardenal hizo mucho ruido con motivo de esta candidatura, y hasta ha llegado a creer que ese ruido fué causa de que se deshiciera. Déjemosle en esta ilusión. No hay por consiguiente conato de neo-catolicismo imputable a mí que no lo sea al duque de Valencia; y si por esta causa no me puede conceder su confianza, hizo mal en concedérsela al duque de Valencia, culpable, si lo fuera, del mismo delito.

Pero la candidatura del Sr. Nocedal, según S. S., era la degradación del partido moderado. Señores, ¿qué modo de calificar estas cuestiones! Yo convengo en que el Sr. Nocedal pertenece a una fracción que está en completa disidencia con el resto del partido moderado. ¿Pero no puede acontecer que haya ocasiones en que las alidades que parecen olvidadas se rebelen porque la necesidad lo exige? Entonces ¿será degradación que reunidas esas fracciones puedan ponerse de acuerdo, no ya respecto de la presidencia, sino respecto al Gobierno? Si un hombre de honor y talento como el Sr. Nocedal merece del jefe de un gran partido la consideración de ser aceptado para presidente de una Cámara, ¿yo habré que convenir en que alguna causa poderosa que no se opone a la idea y al espíritu del partido le niegue a ello? Cuando hombres como los Sres. Narvaez y Nocedal se entienden, no hay degradación para nadie.

Ya está explicado todo lo que el Sr. Cardenal ha dicho hasta la época presente con respecto a mi humilde persona. S. S. puede estar tranquilo, y puede acostarse en la seguridad de que al despertar no se encontrará distinto de lo que sea. Yo cuando me he separado de alguien se lo he prevenido lealmente con anticipación, y llevo por máxima aquella de «con quien vengo, vengo», y nadie ha abrigado jamás la menor duda acerca de mi lealtad.

Yo he estado al frente de oposiciones y de mayorías, y no hay uno que pueda decir que ha nacido en mí la menor deslealtad. El señor presidente de esta Cámara me ha dicho recientemente en una carta: «Nosotros somos amigos claros y resueltos, o enemigos declarados.» Las palabras del Sr. Cardenal equivalen a acusarme de doblez y de traición, y estoy seguro que no tendrá valor para sostener esas palabras.

Que en estos últimos días se vé contradicción en mi conducta, que me he negado a dar aquí explicaciones sobre los cambios de ministerio y las he dado en otra parte. He defendido la prerogativa y he manifestado que no hay derecho de pedir esas explicaciones, que puede haber algunas veces conveniencias. De esto es juez el Gobierno. El Consejo acordó que no se respondiese aquí, si bien en el Senado, por consideraciones al señor marqués de Barzanallana, accedimos a entrar en esta cuestión.

El Sr. Cardenal ha calificado de golpe de habilidad infantil el nombramiento reciente de dos tenientes generales para la alta gerarquía de capitanes generales. Aunque reconozco la superioridad y gracia de S. S., confieso que aquí no se me alcanza. Añado que estábamos en contradicción con el espíritu del duque de Valencia, que si propuso para capitán general al conde de Castejo, fué porque había vacante natural; eso no es exacto. El señor conde de Castejo fué nombrado capitán general cuando había cinco, porque el señor duque de Telvan murió dos meses después; había, pues, entonces seis capitanes generales, los mismos que hay ahora.

Ha terminado el Sr. Cardenal suponiendo que al tiempo de plantear yo la situación del Gobierno en el seno de esta Cámara y con relación a S. M., y al mismo tiempo de decir que nuestra poca significa-

ción había de menor importancia nuestra ausencia de este lugar, había indicado que el poder debía ir a determinado grupo más o menos vigoroso. No quisiera significar esto; pero aunque lo hubiese indicado, ¿qué motivos tiene el Sr. Cardenal para suponer que esta fracción por ser vigorosa ha de ser la que capitanea el Sr. Nocedal?

Señores diputados, como habeis visto me he defendido; no he tratado de ofender, porque estoy en este lugar; sé lo que debo a este puesto y las grandes obligaciones que él me impone. He desvanecido todas las acusaciones del Sr. Cardenal, y ahora os digo: ¿habeis oído algo nuevo en boca de tan elocuente orador? Cuanto ha dicho, ¿lo ignorabais por ventura? Si eso que sabiais podía ser justo motivo de desconfianza, habeis hecho mal en darme vuestros votos con el duque de Valencia o sin él; y no ha debido serlo, cuando no habeis dejado un solo momento en demostrar que teniais confianza en mí.

Podrá ser que el recuerdo de esos sucesos evocados hoy querante vuestra fe y vuestra confianza; y por eso con mayor viveza que el Sr. Cardenal os ruego que los traigais a la memoria para que me juzgueis, no solo por lo que haya hecho hace dos años, sino en todos a los que se ha referido el Sr. Cardenal, y por su mismo discurso. Juzgadme y yo respetaré vuestro voto con el respeto que profeso siempre a las grandes Asambleas, y opiniones fuertemente arraigadas en el país. Si el Sr. Cardenal tiene razón, votad en contra de este proyecto, y saldrán del poder hombres tan peligrosos, y sobre todo el que os dirige la palabra; pero si así no sucediese, el veredicto que caiga sobre mí, caiga también sobre las apreciaciones del Sr. Cardenal. (Nuestras generales de aprobación.)

Suspendida esta discusión, se leyó la lista de los señores que han de componer la comisión para felicitar a S. M. por el enlace de la infanta doña María Isabel, que es la siguiente, y a la cual acompañó el señor presidente con los señores secretarios primero y segundo:

Sres. Bertran de Lis, Gisbert, Heredia y Tejada, Lacy (D. Patricio), Zurbarán, Castro, Caspe, Estéban Collantes, Frias Salazar, Balboa, Velazquez, Gaztelu, Ojeda (D. Francisco), Conde de Toreno, y Caro, y suplentes los Sres. Villar (D. José María), Guerra, Domínguez, Gava, Vinader y Manglano.

El señor PRESIDENTE: Orden del día para mañana: la discusión pendiente.

Se levanta la sesión.

Eran las ocho.

## SENADO.

Extracto de la sesión del día 30 de Abril de 1868.

La sesión fué abierta a las dos y media por el señor marqués de Mirallores.

Se leyó y aprobó el acta de la anterior.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS ocupó la tribuna y dio lectura de un real decreto, por el cual S. M. la reina hacía saber al Senado que había dado su consentimiento para que su muy amada y querida hija la infanta doña Isabel contrajera matrimonio con el conde de Guirgenti, primo de la reina de España.

Después de terminada la lectura y sin abandonar la tribuna, el Sr. Gonzalez Brabo hizo presente al Senado que su majestad aconsejaba por sus ministros, y deseosa de dar una prueba de la consideración que las Cortes le merecen, había acordado poner en conocimiento de ellas aquel fausto acontecimiento de familia.

El señor PRESIDENTE manifestó también que efectivamente S. M. le llamó a palacio, como presidente del Senado, para participarle lo mismo que la Cámara ya sabía, y que era oportuno que esta si así lo acordaba, nombrase una comisión que fuese al real alcázar a felicitar a S. M.

El Senado así lo acordó.

Se entró en el orden del día y se puso a discusión la proposición de ley sobre fomento de la población rural y colonias agrícolas.

El señor marqués del DUERO la apoyó en un corto discurso, recordando cuán necesario era acudir al fomento de la agricultura, tanto para el acrecentamiento de la riqueza como para evitar que nuestros braceros fuesen a países extraños a formar colonias donde encontrar la vida que aquí no hallaban.

El señor ministro de HACIENDA dijo que no tenía inconveniente en aconsejar al Senado que tomase en consideración el proyecto del señor marqués del Duero.

El Senado lo tomó en consideración.

Continuando la discusión pendiente de los presupuestos, dijo

El señor marqués de BARZANALLANA: Tres puntos principales tocó el señor ministro de Hacienda en su discurso: el relativo al presupuesto del Clero, el concerniente a los presupuestos de Guerra y Marina y la cuestión de ferro-carriles, después de lo cual me dirigí S. S. incalculaciones que he extrañado mucho. S. S. me acusó de versatil en esta cuestión. S. S. dijo que yo había contratado compromisos para que esta cuestión se resolviese. S. S. dijo que estaba autorizado por la actual ley de presupuestos que discutimos para resolverla; que era heredero de determinadas tradiciones, y que arreglándose a ellas, estaba decidido a resolver la cuestión. Empezaré por esta parte para desbaratarla de lo que me es personal.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Calonge): V. S. conoce los términos en que el reglamento previene se hagan las rectificaciones. Quedan todavía los turnos en contra que S. S. puede aprovechar.

El Sr. marqués de BARZANALLANA: Mi posición es por cierto bien especial, y se ve en la figura que una persona tan competente en los debates parlamentarios como el señor presidente actual, no debía haberme dirigido esa observación.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Calonge): Siento, señor senador, que V. S. crea que el presidente no debía llamar la atención sobre el cumplimiento del reglamento.

El Sr. marqués de BARZANALLANA: En ferro-carriles he ido yo más adelante que nadie en España, no con palabras huecas, sino con hechos precisos y concretos. He propuesto a mis compañeros, teniendo la honra de ser ministro, el que se eximiese a las empresas de ferro-carriles del 10 por 100 que pagaban por los billetes de los viajeros, y que se otorgara una comisión para que estudiase la situación actual de esas empresas.

El Gobierno y las Cortes aprobaron también ese pensamiento. Hasta ahí van mis compromisos. Pero ¿quién por eso la obligación de aprobar cualquier resolución que se adopte para arreglar la cuestión de ferro-carriles?

El Sr. ministro de Hacienda parte de una equivocación al decir que la autorización para resot-



ver la cuestión de ferro-carriles está en el proyecto de ley de presupuestos que discutimos.

Lo único que heca fue avisar a S. S. de lo que en mi sentir debía avisarle. Por la contestación de su señoría se me figura que ha considerado mi conducta como una ofusidad. Me arrepiento de ello.

Como para arreglar la cuestión se necesita una ley, si esta viene, yo veré si es conveniente usar del derecho de tomar parte en esa discusión.

Presupuesto de Guerra y Marina. Lo único que dije ayer, y repito, es que puesto que nuestras necesidades y nuestra historia, nos imponen la carga de tener a la vez un ejército y una armada, es necesario que uno y otro elemento de fuerza nacional se organicen de manera que sea soportable esta carga.

Cuestión del Clero. Dijo S. S. que lo que yo había era revolucionario. Como sé muy bien lo que son las discusiones parlamentarias, no tomo por lo serio esa calificación; creo, sin embargo, poder decir que es inmerecida. ¿Cómo ha de ser revolucionario un elemento que se reforme lo que de reforma sea susceptible por los medios legales y constitucionales en lo civil, y por los religiosos en lo religioso? Será tal vez inconveniente lo que yo propongo; podrá ser muy equivocada mi concepción; presénte la contraria y demuéstrese su fundamento; pero no se llame revolucionario a lo que digo.

Yo no he propuesto que se prescindiera del concurso de la Iglesia en Consejo de ministros, en conversaciones particulares y en el Senado; yo he dicho que eso debe hacerse por los medios naturales y legítimos, de la manera más templada y con toda la lentitud posible.

He pretendido que se entrase de buena fe en esa discusión, primero entre nosotros, y después se procediese a las negociaciones que naturalmente exigiría la realización de este importantísimo pensamiento. ¿Hay algo aquí de revolucionario ni que sea capaz de perturbar e inquietar las conciencias?

Sostengo por última vez ahora que la fuerza contributiva de la nación española, hace necesario ese arreglo. Recuerdo que ayer dije que de 16 millones que somos próximamente los españoles, seis imponen al presupuesto la carga de 98 millones de reales por su clero, y 10 la de 62. De aquí aparece evidentemente que la reforma solo debería tener por objeto una parte muy limitada en nuestro territorio, y que si en algunas provincias faltan párrocos deben aumentarse.

¿Pero es necesario que en pueblos de 100, 200 ó 300 vecinos haya cinco, seis u ocho parroquias como yo podría citar a S. S.? Tengo muy estudiada esta cuestión, y cuando S. S. quiera entrar en ella me tendrá dispuesto.

Dijo por último S. S. que yo desconocía lo que pasaba en Inglaterra, que a pesar de haber en ella una gran desigualdad en la parte política, civil, religiosa, y económica era una nación fuerte y poderosa. Yo estoy pronto a recibir lecciones de S. S. como de cualquier otro señor senador; creo que todos me aventajan, si no en lo fervoroso de su patriotismo, en lo ilustrado de su entendimiento; pero permítame S. S. que me rebale un poco contra la lección de ayer: ¿es orgullo? El Senado ya ahora a juzgar.

El Sr. Orozco, en mi concepto, tiene en la memoria una Inglaterra que pertenece a la historia. Nos habló de *bourgs* podridos, siendo así que los poquitos que dejó la reforma parlamentaria de lord Grey, hace ahora treinta y seis años, ya no existían a consecuencia de la gran modificación que en aquel país han sufrido las leyes electorales.

Ha habido una modificación profunda en la organización de aquella Iglesia por dos leyes, una del año 34 y otra del 40. Y aquellas verdaderas y chocantes desigualdades que en aquel país había, han concluido por la creación de una junta que tiene a su cargo la administración, recaudación y distribución de los fondos de la Iglesia. Se ha fijado lo que antes era variable, el sueldo de los Prelados ingleses; y se ha dejado esto a la resolución de esa junta de que forman parte el ministro de Hacienda, el primer lord de la Tesorería, los presidentes de los tribunales de la Corona y cuatro vocales, dos nombrados por la Corona y dos elegidos por el Arzobispo Cantorbery. Esa junta ha cuidado de borrar en la administración inglesa tan injusta y chocante desigualdad.

Se ha partido de sea cada una de ellas de 2,000 almas. Nosotros tenemos en España 800 como término medio, pero este varía desde 50 vecinos hasta 2,500. Toda aquella organización regular ha sido reemplazada por otra, que es el resultado de principios prácticos, que algunos llamarían filosóficos y revolucionarios, de aquellos hombres públicos, representantes de principios conservadores y reformadores a la vez. He concluido.

El señor ministro de HACIENDA (Orozco), rectificó, y entre otras cosas dijo:

La cuestión relativa al clero es más importante, porque ataca a los sentimientos religiosos y morales del país al huir a una clase respetabilísima que ha sufrido mucho y que ha perdido sus bienes y su influjo. Y cuando el señor marqués de Barzanallana nos indicaba que no íbamos por las vías que siguen las demás naciones y que era necesario ejecutar grandes reformas, ¿no había yo de alarmarme al oír sus palabras sobre la cuestión del clero? ¿No se han de alarmar las conciencias? Cuando después de haberse apoderado de los bienes del clero, quitándole el influjo e importancia, el Gobierno actual, con ayuda del señor marqués de Barzanallana, ha procurado darle influjo en la enseñanza y levantarle moralmente; cuando apenas hemos cumplido el Concordato hecho con la Santa Sede, ¿es ocasión, es momento oportuno de emplear aquí la palabra reforma, la palabra disminución? ¿No vendrá esto a producir una gran debilidad en esos grandes intereses conservadores de la sociedad? Y cuando los partidos revolucionarios en una gran escala están en son de guerra, ¿cómo de debilitar los elementos conservadores, por una parte el ejército, por otra el clero? ¿Qué nos queda entonces para defendernos?

Tratándose de Inglaterra, el señor marqués de Barzanallana ha tomado una punta, por decirlo así, del argumento, dejando su fondo, su esencia, ha manifestado solamente S. S. que yo había dicho que en Inglaterra había habido *bourgs* podridos. Ya sé yo que no existen, porque al estudiar la historia antigua no había de olvidar la moderna. Pero yo preguntó al señor marqués de Barzanallana: ¿no ha sido grande y rica la Inglaterra, aun cuando tenía esas desigualdades? Hoy tiene otras, y grandes.

Pues bien; ¿cuando han venido las reformas? ¿De qué manera se han hecho? ¿Cuándo estaba debilitado el poder? No en ningún país se han hecho las reformas más lentamente que en Inglaterra; por eso han sido tan sólidas, por eso son más estables, y muchas veces, cuando el Gobierno no está bien asegurado, han detenido las marchas de esas reformas los mismos que las pedían.

Debo concluir dando las gracias al señor marqués de Barzanallana, pero muy sinceramente, porque estoy convencido de que si mañana volviera al poder S. S., no intentaría plantear ninguna de esas grandes reformas que ha proclamado.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA (marqués de Roncali): Ocupado ayer en el despacho de asuntos graves y urgentes, tuve el sentimiento de no asistir a la sesión del Senado.

Cumplida satisfacción dio a S. S. el señor ministro de Hacienda, contestación que mereció a esta alta Cámara la calificación de victoriosa. Extraño podría parecer que yo me levantara hoy a añadir una sola palabra a lo que se dijera para rebatir el discurso del señor marqués de Barzanallana.

El Senado, sin embargo, comprenderá que yo tengo deberes que cumplir. Ministro de Gracia y

Justicia, no puedo callar después de los rudos ataques que se han dirigido al presupuesto y obligaciones eclesiásticas.

Ya ha llegado al Parlamento esta cuestión que está ocupando la opinión pública desde hace algún tiempo. Se ha pedido a voz en grito la rebaja del presupuesto del Clero. Deteniéndolo un poco en su marcha los apóstoles de esa reforma, conocieron que no podía llevarse a cabo algunos que la proclamaban, comprendiendo que no podía hacerse sin el concurso del Sumo Pontífice. Pero continuando en su predicación de reforma del presupuesto del Clero, lo mismo abrazaba esta tendencia el presupuesto del alto Clero que el del Clero parroquial.

No ha sido así lo que ha venido a decir ayer el señor marqués de Barzanallana: S. S. no ha dicho nada respecto de la dotación del alto Clero, y yo le felicito por ello, por no haberse presentado aquí como el defensor de una clase a la cual se quiere presentar en algunas partes como en oposición con otra de su misma carrera.

La dotación del culto y Clero pertenece a un orden de cosas muy elevado; no creo que haya nadie en esta Cámara, ni en otra, ni en ninguna parte, que diga que puede tratarse esta cuestión como cualquiera otra de presupuestos. ¡Ah, señores! Aquí no se trata de sueldos de funcionarios públicos; esto es completamente independiente; está en otra esfera más elevada la dotación del culto y Clero.

Reconócese por lo mismo, y lo ha proclamado el señor marqués de Barzanallana, que se quiere la reforma por los medios regulares; es decir se cree necesario acudir allí, donde hay que buscar la concordia. Dice muy bien S. S.; pero venimos a parar a la cuestión verdadera.

¿Qué se quiere? ¿Qué se pide? Dígase claramente. ¿La revisión del Concordato? ¿Es eso todo lo que se quiere? ¡Ah, señores! La revisión del Concordato! ¿Y esto se trae aquí de soslayo, en la cuestión de presupuestos? ¿No es esa una cuestión mucho más elevada? ¿No es una cuestión que en algunas partes de Europa está produciendo amarguras que yo no quiero para mi patria?

Si la revisión del Concordato es lo que se pide, dígame clara, desembozadamente; anúnciese a la nación que es necesario rebajar las partidas que constituyen la dotación del presupuesto del Clero; dígame: ese Concordato celebrado para ventura de la nación española ya no lo queremos, lo queremos modificar.

¿Sería oportuno, prudente y útil, convendría eso a los intereses legítimos y permanentes de la patria? Esta cuestión no puede tratarse aquí; es infinitamente más grave; sale de la esfera de los números para elevarse a otra mucho más digna y respetable. ¿Cuál es el origen de la dotación actual del culto y Clero? El Concordato de 1851.

Privado el Clero de cuantiosos bienes y grandes prestaciones, adquiridas con título tan legítimo como han adquirido los señores senadores al patrimonio que poseen; privado el Clero de todo eso, repito, para la felicidad de la nación, el Sumo Pontífice tuvo por conveniente decir: «todo eso queda aprobado»; con eso volvió la paz y la tranquilidad a las conciencias, poniéndose en circulación esa masa inmensa de riqueza que está contribuyendo al Tesoro público, y pudiendo transmitir el padre de familia a sus hijos sin zozobra alguna lo que había adquirido bajo el imperio de la ley que yo soy el primero en respetar. Tal es el origen de la dotación del culto y Clero, dotación consignada en lo que es una ley del reino, y al mismo tiempo un pacto internacional, un pacto sagrado, celebrado con el Sumo Pontífice. Venimos, pues, siempre a parar a la cuestión capital: ¿se quiere la revisión, o si no hay revisión, respétese eso, que es una carga de justicia.

Pero el Sr. marqués de Barzanallana, fiel a sus antecedentes conservadores, decía ayer: «Plantéese el Concordato de modo que se disminuya la carga.» Esto es completamente antitético. Sepa su señoría que para plantear el Concordato no solamente no es posible bajar, sino que es necesario subir. Está estipulado expresamente en un artículo del mismo, que dice: «se hará el arreglo parroquial.»

Y por cierto que me asombra mucho que desee S. S. el planteamiento del Concordato con baja del presupuesto, cuando siendo ministro de la Corona el señor marqués de Barzanallana voto, y dió su concurso a Sr. Arrazola para que aconsejara a S. M. en 15 de Febrero de 1867, el llevar a efecto el arreglo parroquial. Empezaba el Sr. Arrazola dirigiéndose a la Corona, y decía: «Señora, diez y seis años van transcurridos y el Concordato no se ha cumplido; es necesario llevarle a efecto»; y S. M. tuvo a bien disponer así. Después tuve yo la honra de ser nombrado por la Corona ministro de Gracia y Justicia; ¿qué he hecho yo en el ministerio en esta parte del servicio? Ejecutar el decreto de 15 de Febrero de 1867: arreglar ocho diócesis; ¿y cuál ha sido el resultado de esta medida, de estos decretos parciales en consonancia con lo que podremos llamar decreto orgánico del Sr. Arrazola? Dicho sea en honor del pobre Clero español. El arreglo parroquial de la vastísima diócesis de Burgos se ha hecho economizándose cuatrocientos ochenta y tantos mil reales.

Estos arreglos parroquiales se hacen instruyendo el expediente en la diócesis, porque así ha tenido por conveniente disponer el Sumo Pontífice; ese expediente viene al ministerio y se devuelve con observaciones encaminadas a procurar la rebaja; los Prelados, con el espíritu de conciliación que constantemente les anima, acceden a la rebaja y lo devuelven al Gobierno. Esta todavía no resuelve; oye al primer cuerpo consultivo del Estado, y con su opinión se presenta a la aprobación de S. M.

¿Quiero más garantías el señor marqués de Barzanallana? Pues al hacer el arreglo parcial de las parroquias de ocho diócesis, en unas se ha bajado, y en algunas se ha subido; ¿no había de subir la de Santiago de Compostela? ¿No conoce las condiciones de aquellas provincias de Galicia? Sube el arreglo parroquial, pero no lo que se ha podido decir; queda reducido a una cantidad mucho menor. Y compensando en el momento la subida de unas con la baja de otras, ¿sabe el Senado la gran carga que se ha echado el Estado, y nada más que para cumplir lo que está pactado en el Concordato? Unos 32 ó 35,000 duros al año. Tampoco esto se ha de pagar en este año ni en el que viene.

Las mejoras que se hacen con el clero parroquial son para un porvenir no tan inmediato, y según un cálculo prudente de la mortalidad, puede afirmarse que el aumento no se verificará sino después de ocho ó nueve años. Pero aun cuando se realizara hoy el aumento de 35,000 duros, ¿qué es esa cantidad para la nación cuando se gastan tantas otras en cosas de menos importancia? Por consiguiente, la proposición del señor marqués de Barzanallana es antitética, pues la ejecución del Concordato, lejos de rebajar, trae consigo un aumento considerable que no bajaría en todas sus partes de 24 a 30 millones. Y aquí la prudencia de los ministros de Gracia y Justicia que han ido cumpliendo conforme lo permitía el estado del Tesoro.

Señores, el presupuesto eclesiástico asciende a 180 millones; cuánto asigno al clero como indemnización de aquello de que fue privado la comisión nombrada para este asunto por el Gobierno de S. M.? 210 millones, no pasando de 175 ó 176 lo que el Gobierno consignó para ese presupuesto. Y si luego ha subido a 180, ha sido porque el Gobierno de la unión liberal, felicitándole yo por su medida, y en cumplimiento del Concordato, dispuso un aumento para mejorar las dotaciones que habían de serlo cuando el estado del Tesoro lo permitiera. Por eso extraño que ahora se pidan rebajas.

Pero hay más: en tiempo del Sr. Mendizábal el presupuesto del clero figuraba por 210 ó 211 millones, cifra que también se fijó en 1838 en tiempo del Sr. Arrazola, reproduciéndose en los años

sucesivos. Es decir, que siempre ha sido superior al que ahora se presenta, y hasta estos últimos tiempos no hemos visto combatidas las dotaciones del clero, pues aun en el bienio, cuando se hacían cosas que no podía admitir la Santa Sede, no tuvieron lugar esos ataques, respetándose la dotación pactada en el Concordato.

¿Pero en que pueden fundarse los impugnadores de este presupuesto? No será en el alto clero; veníamos a la cuestión de las dotaciones del clero inferior.

Dice el Sr. Barzanallana que es necesario que el clero tenga grande influencia; ¿pero cuál puede tener según está dotado? Señores, un coadjutor en España tiene 6 rs. diarios y un arcero 3.300 anuales, siendo necesarios 5,000 para llenar sus más precisas atenciones. Se dirá que se reduzca el número para aumentar sus dotaciones. Pues bien, aun cuando el resultado para el Tesoro sería igual, tampoco la cuestión es esa. Parece al Sr. Barzanallana excesivos 20,000 párrocos, y yo digo que son necesarios 24 ó 26,000 si el pueblo español ha de ser debidamente auxiliado, y no ha de seguir el escándalo de que un sacerdote diga dos ó tres misas en la misma población, o vaya de aldea en aldea para celebrar allí donde se necesite.

El señor marqués de Barzanallana, tan dado a los estudios históricos, nos ha hablado de las naciones extranjeras para deducir que en otros pueblos católicos cuesta el Clero menos que en España; y pues que de países católicos se trata, ha hecho bien S. S. en no hablar del Clero anglicano. Cuando yo oí nombrar a S. S. al Arzobispo de Cantorbery, me alegré. Porque ¿sabe el Senado cuál es la dotación de ese Prelado? Un millón cuatrocientos mil reales.

Hizo, pues, bien S. S. en no ir a la Iglesia anglicana ni al culto evangélico de la Alemania, porque allí encontraría dotaciones muy subidas.

Vamos a las naciones católicas. ¿Cuál viene a ser en Austria, Baviera y Wütemberg, por término medio, la dotación de los Párrocos? Cuatro mil y pico de francos. Los únicos países donde el Sr. Barzanallana se ha refugiado para sostener sus ideas, han sido Francia y Bélgica. De Bélgica no considero necesario ocuparme por las condiciones especiales de modestia y de economía que constituyen allí la vida política oficial y social; pero vamos a Francia; que se dice que paga menos que España.

Señores, hay que tener en cuenta que en el presupuesto francés no figuran más que las dotaciones del personal. ¿Y no sabe el señor marqués de Barzanallana, tan estudioso como es S. S., que lo lo de la fábrica está a cargo de los consejos municipales, que son los que atienden a estas necesidades proveyendo hasta del mobiliario al pobre Párroco, que de esa manera todo lo encuentra dispuesto y preparado? ¿No es digno también de saberse que en una sola parroquia de París, la de San Roque, asciende el producto de las sillas para que los concurrentes estén con algo más de comodidad que en España a 14,000 duros para la fábrica? ¿Dónde están entre nosotros esos arbitrios? Por otra parte, yo ruego al Sr. Barzanallana, que ha sido ministro de Hacienda bastante tiempo, que se tome el trabajo de ver si son o no exactos los datos que voy a decir. A cerca de 180 millones de reales llega el presupuesto de obligaciones eclesiásticas. Pero de esta cantidad, lo que se da al Clero no pasa de 412, pues hay que cubrir las atenciones y gastos de la visita de los seminarios, institución que es menester extender para que se cumpla el fin que S. S. desea y todos deseamos, de que el Clero sea de cada día más ilustrado y aumente su influencia; hay que atender a las religiosas en clausura, a los tribunales y oficinas, a las cargas de justicia en favor de particulares, a la reparación de los templos, conventos, palacios episcopales, a los débitos por ejercicios cerrados; en una palabra, a las varias obligaciones que absorben una gran parte del presupuesto, quedando solo para el Clero los 412 millones que he indicado.

Dijo S. S. que no concebía que una provincia pueda satisfacer para esta importante atención del clero más que en proporción debida de aquello que contribuye al Estado. Esto, señores, conduce a la doctrina ya desechada de localizar los gastos según los ingresos; y en primer lugar, debe observarse que es muy posible que por lo mismo que ese país es pobre y contribuye poco al Estado, necesita más que otros de los auxilios de la religión, no siendo por consiguiente buena manera esta de investigar la verdad.

La doctrina de localizar los gastos que ya con relación a otros distintos de los que nos ocupan ahora, ha pretendido sostenerse en Europa, está ya condenada y no es digno de la ilustración del Sr. Barzanallana el apadrinarla. Pero dice su señoría que no es justo que mientras en la provincia de Cádiz hay una parroquia por cada 2,500 habitantes, haya otras en que la proporción es de 30 a 60 para cada uno. No es esa la cuestión; donde quiera que la población está reunida puede tener una sola parroquia, siendo necesarias más en las comarcas donde está desparramada. Por eso la Real cédula de 1834 establece que tan pronto como pueda congregarse la población, no tengan más que una sola parroquia.

Antes de concluir quiero exponer al Senado la proporción que viene a dar el presupuesto a las obligaciones eclesiásticas, que es la de 40 rs. y 3 cuartillos de cuota para cada habitante de los 16 millones que hay en España. Algo más cuestan otras cosas a los españoles. La cifra a que sale en Francia el sostenimiento del culto y Clero en la misma forma es de 4 francos, según la autoridad de un economista tan importante como el Sr. Villeneuve, cuya cita creo no desmerecerá el Sr. Barzanallana.

Expuestas las consideraciones que he creído convenientes todavía después de la defensa hecha por mi digno compañero el señor ministro de Hacienda del presupuesto que nos ocupa, solo me resta pedir perdón al Senado por el tiempo que he molestado su atención, y concluyo haciendo justicia a la rectitud de las intenciones del señor marqués de Barzanallana; pero creo que S. S. va por un camino completamente extraviado, en el cual no han de seguirle la Cámara ni los hombres de principios conservadores.

El señor marqués de BARZANALLANA: En primer lugar, yo no he pretendido, como S. S. supone, localizar el gasto del Clero; porque la natural consecuencia era la imposibilidad absoluta de que pueblos pequeños y pobres mantuviesen un parroco para cada 40 vecinos por término medio; si yo fuera revolucionario, diría: «Paso como quisiera por el presupuesto del Clero, pero dadme la facultad de localizar el gasto y el pago, y ya sabría yo cuál sería la consecuencia.»

Dice S. S. que el presupuesto del Clero no es cuestión de presupuestos. Pues ¿de qué es cuestión, señor ministro. Todos los sentimientos del mundo, cuando dan por resultado la organización de instituciones encargadas de administrar o dirigir a los hombres, vienen a formularse en presupuestos; lo demás es vagar y entregarse a fantasías que no son propias del hombre de gobierno.

Dice el Sr. ministro que yo pido la reforma del Concordato. No es así: no lo pido porque no es necesario, ni la cuestión del Concordato se enlaza con la que yo he trazado, pues el Concordato no dice que haya un número determinado de párrocos en tal ó cual diócesis.

Que no tengo autoridades a mi lado y que me he guardado de acudir al Clero anglicano, en el cual hay un dignatario de la Iglesia, el Arzobispo primado de Inglaterra, que tiene 1,400,000 reales de sueldo. Exacto, lo sé; como sé también que hay muchos ministros con 4,200 rs. de sueldo. ¿Y qué quiere decir eso? Que aquel es un país aristocrático, que tiene una Iglesia, que forma parte de la organización política del país, y que naturalmente se resiente de la organización que allí preside.

El presupuesto del Clero en Francia tiene que

ser adicionado con lo que dan las municipalidades. También aquí hay cierta clase de esos gastos, y sobre todo no es extraño que en determinadas parroquias suceda lo que ha indicado S. S. de la de San Roque de París, cuando en esta ciudad no hay más que 46 parroquias para una población de millón y medio de almas por lo menos, según el censo proporción en Madrid, capital de 300,000 habitantes, no debería haber más de 10.

Que hiero los intereses de una clase respetable, ha dicho el señor ministro de Gracia y Justicia. ¿He pedido yo, por ventura, contra el alto Clero? ¿He pedido que un Obispo tenga 10, 12 ó 15,000 francos, como tiene un Obispo francés ó belga? ¿He pedido que salga cada obispado a un millón de almas por término medio, como se ve en muchísimos países de Europa, aquí donde hay Obispo que solo tiene 36,000 almas en su diócesis?

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA (marqués de Roncali): Yo no he citado a Inglaterra, pues precisamente lo que dije fue que en este terreno no acudiera a la Iglesia anglicana y que iría a las naciones católicas; no cité a Inglaterra para nada; solo de paso, y con motivo de la cita hecha por el señor marqués de Barzanallana, hablé del Arzobispo de Cantorbery. De Bélgica no me ocupé por la razón que ya espuse, porque en esa nación todo es modesto, desde el Monarca hasta el último funcionario.

Dice el Sr. Barzanallana que cuando el Sr. Arrazola propuso el decreto de 15 de Febrero, no sabía las consecuencias que había de tener. ¿Y por qué no lo sabía S. S.? ¿Cómo he de creer yo que una persona tan ilustrada como S. S. no había leído el art. 24 del Concordato, donde se halla estipulado el arreglo del Clero parroquial? Creo que S. S. estaba en el caso de haber preguntado a su compañero acerca del gasto que iba a producir lo que se proponía.

Que por qué no pido 400 millones de reales para el culto y Clero. Porque yo no pido más que el cumplimiento del pacto sagrado celebrado con el Sumo Pontífice, en el cual no figura más que una dotación en indemnización de la que tuvo el Clero últimamente, cuyos productos cuando las rentas valían menos que ahora, hay quinientos que ofrece al Clero 340 y 360 millones.

Por último, que S. S. no pide nada en contra de lo que se llama el culto Clero. Lo he reconocido. ¿Y cómo había de pedir S. S. contra el alto Clero? ¿Había de incurrir en esas vulgaridades de decir que el canónigo de la metropolitana de Zaragoza está escandalosamente dotado con 16,000 rs. que tiene aquí un auxiliar de un ministerio? Pero ha citado S. S. la dotación de los Obispos franceses, y yo debo decir que no hay en España ningún prelado que tenga 30,000 francos, que es lo que tiene el Arzobispo de París.

El Sr. OLIVAN rectificó, y también el Sr. Benavides.

Habló después el Sr. Torres Valderrama y se suspendió la discusión.

EL PRESIDENTE: Orden del día para mañana: Nombramiento de la comisión que ha de informar acerca de la proposición de ley presentada por el señor marqués del Duero y otros, y continuación por secciones del debate pendiente sobre los presupuestos generales del Estado.

Se levanta la sesión.  
Eran las cinco.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 1.º DE MAYO DE 1868.

Decíamos ayer que los aficionados a espectáculos políticos no podrían quejarse de la presente semana, y al expresarnos de esta manera, no sólo teníamos en cuenta lo que hasta la sazón habíamos visto; sino que adivinábamos en parte la sesión que pocas horas después íbamos a presenciar en el Congreso. En parte hemos dicho, porque la realidad sobrepuso a todos nuestros cálculos y noticias.

La sesión será memorable, y dejará huella en nuestros fastos parlamentarios. Cuando esto decimos, ya supondrá el lector que no se trata de uno de esos discursos filosóficos, como los que de cuando en cuando solía pronunciar el insigne Donoso Cortés, forzando a pensar con él por muchos años a los que no tienen la fatal manía de pensar, ni de una de esas oraciones ora amenazadoras, ora proféticas, con que el Sr. Thiers mantiene el antiguo honor de la tribuna francesa; no, para que entre nosotros una sesión tenga interés vivo, dramático, palpitante, como ahora se dice, es desgraciadamente preciso en estos tiempos que sea personal.

Y la sesión de ayer tarde tuvo este carácter en grado superlativo. Era una lucha casi fratricida entre dos personas que han vivido largos años como buenos amigos, que han militado bajo una misma bandera, que han estado unidos en el Parlamento y en las regiones oficiales y que de improviso, bruscamente, sin declaración previa de hostilidad, ó con muy cortos preludios que apenas se han dejado traslucir al público, se presentan en duelo parlamentario, en duelo a muerte.

El Sr. Cardenal, en vida del general Narvaiz, tenía pedida la palabra en pró del proyecto del crédito territorial, y al día siguiente de aquel funesto acontecimiento, constituido apenas el actual gabinete, la pide en contra. De defensor del voto de confianza se convierte en su más acérrimo adversario. El objeto de la discusión no ha cambiado; quien ha cambiado, no por culpa de los hombres esta vez, sino por disposición divina, es el presidente del ministerio. En este accidente y solo en él podía fundarse el terrible ataque del Sr. Cardenal: la confianza que otorgaba al duque de Valencia, ya no la pone en el Sr. Gonzalez Brabo. Solo esta explicación tenía la actitud del diputado de la mayoría.

Pero en esta explicación precisamente iba envuelta la parte que según nuestras prácticas daba interés al asunto. La oposición del Sr. Cardenal no podía ser de doctrina; necesariamente tenía que ser personal. Ministro de la Gobernación, ministro de los más influyentes, ministro de los que por lo general llevaban la voz de todo el Consejo era hace poco el Sr. Gonzalez Brabo, y diputado de la mayoría, director y consejero de Estado el Sr. Cardenal: ministro de la Gobernación, pero además presidente del Consejo de ministros es hoy el mismo Sr. Gonzalez Brabo, que proclama y sigue la política del duque de Valencia; ni una palabra, pues, de principios, ni una palabra de doctrinas: que no cabe interposición ni mezcla donde no hay ni ha habido solución de continuidad.

Llena la mente de tales reflexiones, sabedores de que el nuevo adalid de la oposición se había preparado a ella haciendo dimisión del cargo de consejero de Estado, diputados y concurrentes a las tribunas estaban aguardando con impaciencia que llegase el momento del combate. La sesión empezó más tarde que de costumbre; principió por rectificaciones que siempre adolecen de languidez; continuó con un discurso del Sr. Guerra, largo y declamatorio, que parecía colocado adrede para irritar más y más el deseo, hasta que por fin llegó el turno al señor Cardenal.

Hubo un movimiento general de atención; hubo un silencio profundo. Este silencio era necesario. Generalmente todos los oradores comienzan sus discursos con voz débil; la turbación consiguiente al espectáculo lo lleva consigo; las reglas del arte así lo exigen; pero en esta ocasión no podía esperarse otra cosa del señor Cardenal, que nunca se ha distinguido por la robustez del acento.

El orador no estaba turbado: se expresaba con facilidad, con soltura y a veces con elegancia. Su discurso estaba bien meditado y, dividido en dos partes, formaba un todo completo, cosa no muy común en las peroraciones parlamentarias. En la primera parte explicó el Sr. Cardenal su actitud de diputado ministerial del duque de Valencia; en la segunda, su oposición al voto de confianza en el Gabinete presidido por el Sr. Gonzalez Brabo.

Al llegar a esta segunda parte, que era la más viva, la más interesante, hizo de noche: encendiéronse las luces, el calor del salón se iba haciendo insoportable, la atmósfera física estaba a la altura de la moral. El orador, excitado por ambas, alzó la voz inesperadamente, y dió rienda suelta a los cargos personales que dirigía al Sr. Gonzalez Brabo por sus antecedentes desde fines de 1843, y principios del 44, hasta los momentos presentes.

Debemos declarar en honor de la verdad que estos cargos no eran nuevos. Añadiríamos que estos cargos estuvieron artísticamente agrupados. Mas no eran ellos en sí, ni en la forma de su desenvolvimiento lo que llamaba la atención. Era lo inusitado del hecho; era que ya se había perdido la costumbre de semejantes escenas; eran los presentimientos que en aquel árbitro se cernían y que daban cierto aire grave y aun triste a los semblantes de los diputados. No se aplaudía, ni se manifestaba reprobación: se escuchaba al Sr. Cardenal con atención, con interés, pero con miedo.

Quizá nunca como entonces el partido moderado echaba de ver la falta del general Narvaiz: quizá la pena que dominaba en la generalidad era la verdadera oración fúnebre que el Parlamento pronunciaba en las honras del duque de Valencia.

Terminado el discurso de ataque, se prorrogó la sesión para que pudiera oírse la defensa. Hizola el Sr. Gonzalez Brabo con elocuencia, con dignidad y con serenidad. Ni menospreció al ofensor ni dejó de contestarle a nada de aquello en que se consideraba ofendido. Su posición era difícil, porque si se dejaba llevar de la pasión descendía del alto puesto en que está colocado, y si daba demasiado a la dignidad, podía parecer débil y vencido. Creemos que se mantuvo en la línea conveniente. Sólo se traslucía que estaba afectado, sentido, en que hablaba con más corrección que de costumbre: la pasión en el señor Gonzalez Brabo es la elocuencia. Pero sólo se conocía que ahogaba en causa propia en lo minucioso que estuvo al referir algunos pormenores. Con menos difusión, su discurso podría pasar por modelo.

La España pregunta esta mañana al terminar la sesión:

«¿Y qué sacamos de la sesión de ayer?—Lo que de otras muchas parecidas: el Sr. Gonzalez Brabo no perdió. ¿Y quién ganó?—Nadie.»—Se contesta a sí propio el diario ministerial.

En esta última respuesta no estamos conformes.

Algüen salió ayer ganancioso. La España debe conocerlo.

El señor marqués de Barzanallana está expiando amargamente el pecado de haber pedido en la alta Cámara la reducción del presupuesto eclesiástico. La expiación no puede ser mas cruel: figurense nuestros lectores que ex-ministro de Hacienda ha merecido las alabanzas de La Epoca!

La Epoca cree, como el señor marqués, que la reducción de este presupuesto es una necesidad apremiante para salvar la Hacienda española: ambos, La Epoca y el señor marqués, creen además que la cuestión económica está unida íntimamente con la política; luego la reducción del presupuesto eclesiástico, como medida económica, responde a un sistema político. ¿Cuál es este sistema? Diga La Epoca lo que quiera, este sistema no tiene más fin que el de debilitar la influencia del Clero, ya con relación a la esfera del poder, ya respecto de las clases populares. Los hechos demuestran este fin desde los primeros tiempos de la constitución de la sociedad cristiana. Todos los poderes civiles que han mirado con desconfianza y frecuentemente con odio el crecimiento natural de la influencia eclesiástica en los pueblos, han determinado como eficaz medida matar la independencia y la holgura del Clero, ya despojándolo de sus bienes, ya cercenándole sus haberes. Comprendían que la independencia y holgura del Clero dependían en su mayor parte de la propiedad y de la riqueza, porque estas son siempre en todos los estados sociales garantías seguras de independencia; y véase por qué los enemigos de la Iglesia en los tiempos antiguos como en los modernos comenzaban por poner mano en las riquezas eclesiásticas, seguros como



estaban de dar con esto un golpe rudo y cuasi-mortal á la influencia del clero. Tal y como sucede hoy entre los demagogos del mundo entero, que piden la ruina del poder temporal del Pontificado, porque saben que de esta manera, abrirán una gran brecha en el poder espiritual, cuya independencia está asegurada con aquel.

No se descubre ni cabe otro fin político en esa medida económica, defendida constantemente por *La Epoca*, patrocinada hoy por el señor marqués de Barzanallana, cuya inteligencia y honradez son tan conocidas como su debilidad y falta de carácter.

Véase, pues, lo que hay entre los pliegos de la bandera de las reformas, levantada hoy por todos los liberales de oposición al actual Gabinete. Hay, aunque en menos escala, lo mismo que en la bandera progresista; un fin político-religioso oculto con el manto hipócrita de la conveniencia nacional y económica. El Sr. Barzanallana y *La Epoca*, pidiendo la reducción del presupuesto eclesiástico para salvar la Hacienda española, nos hacen el mismo efecto que Garibaldi pidiendo la destrucción de Roma pontificia para constituir por completo la nacionalidad italiana.

Son hechos de diferente magnitud, pero, salvadas las intenciones, hijos de un mismo espíritu y colocados en la misma línea.

El Sr. Presidente del Consejo de ministros ha insistido días pasados en la necesidad de resistir á la revolución, advirtiéndole bien claro que hablaba de la revolución moral y material.

*La Reforma* escribe con este motivo un artículo intitulado *La resistencia á la revolución*, en el cual examina detenidamente la actual situación política de España, deduciendo de este examen que no hay razón alguna para resistir á una cosa que no existe.

«Porque la verdadera revolución está hecha; porque la era constitucional, rompiendo con lo antiguo, acabando con el predominio de las asociaciones religiosas y con la monarquía absoluta, había deslizado de toda traba al Estado llano, fundando la independencia de la clase media; y hoy que no hay ni bienes que desamortizar, gabelas de que librarse, diezmos que suprimir, y que el poder se halla en sus manos y sus hombres son dueños absolutos de la gobernación del Estado, la revolución no interesa á la clase media, á menos que, triunfando los antiguos hombres, aspiren á la destrucción completa de la libertad constitucional y al entronizamiento del absolutismo antiguo.»

Estando, pues, hecha la revolución según *La Reforma*, no cabe resistencia á la revolución, porque tanto valdría como decir que la revolución debe resistirse á sí misma.

Sin embargo, nosotros creemos que el señor Gonzalez Brabo, al decir resistencia á la revolución, no entendía que debía resistirse á esa revolución ya hecha de que habla *La Reforma*, sino á los excesos de los que quieren ir más adelante y dar cima á la obra destruyendo todos los antiguos fundamentos, aun existentes, de la sociedad española.

Y esto, á nuestro juicio, no lo enunciaba el Sr. Gonzalez Brabo como sistema, sino como deber imperioso de todo Gobierno, en lo cual anda completamente acertado el señor presidente del Consejo de ministros. En efecto, no hay Gobierno posible, si no se lleva por delante la idea de resistir á la revolución, la cual no consiste precisamente en el movimiento material, sino en toda perturbación moral en las ideas fundamentales, en la agitación febril de eso que se llama opinión pública, representada, por lo general, como decía muy bien el difunto duque de Valencia, por media docena de charla-

tan, en el abuso de la imprenta periódica y no periódica y en el de los derechos de la muchedumbre, así como en el no cumplimiento de los deberes de los gobernantes; finalmente, es revolucionario todo aquello que está fuera del orden, y está fuera del orden todo lo que no se ajusta á las prescripciones de la verdad y de la justicia.

Únicamente en este sentido puede decirse que gobernar es resistir, y sólo de esta manera puede proclamarse la resistencia á la revolución, hijándose mucho en todos los elementos morales perturbadores del orden, mil veces más temibles y funestos que los medios materiales.

En el orden moral, pues, debe practicarse una fuerte coacción de lo revolucionario unida á una grande expansión de lo justo y de lo verdadero. Sujetar á una misma coacción lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso, así como conceder idéntica expansión á lo uno que á lo otro, suele ser peor todavía que el triunfo del desorden, porque este produce las reacciones enérgicas fundadas en el instinto de conservación de la sociedad.

Lo que pide *La Reforma* es la legalidad de la revolución: lo que piden otros es una coacción igual para todas las ideas; lo que nosotros pedimos es el imperio del orden y de la justicia, sin traba alguna, como primera condición de vida social.

Debemos hacer especial mención del excelente discurso que ayer pronunció en el Senado el señor marqués de Roncali, ministro de Gracia y Justicia, en contestación á las palabras del señor Barzanallana sobre el presupuesto del Clero y de obligaciones eclesiásticas.

El Sr. Barzanallana, después de haber pertenecido á varios ministerios de los más reaccionarios que ha habido hace muchos años en nuestro país, pretende ahora tomar un tinte muy liberal, y para ello apela al supremo recurso de proponer rebajas en el presupuesto del Clero, ó más bien en el personal del Clero. Parece imposible que esto pida un hombre que defendió la reforma constitucional en nombre de los principios conservadores y de los sentimientos más arraigados en la nación.

El señor marqués de Roncali le hizo ver que cuestiones tan graves no se podían tratar como de soslayo en una discusión de presupuestos. ¿A dónde vamos á parar si después de haberse privado al Clero de sus antiguos bienes y prestaciones se acepta el principio de reducir los gastos que en indemnización de los bienes adquiridos se ha comprometido á pagar el Estado? ¿Es por ventura un sueldo lo que se da á los ministros del Señor? ¿No es una carga de justicia? ¿No son aquellos gastos verdaderamente reproductivos? ¿Qué será de la nación española el día en que disminuido el Clero, se disminuya su influencia en nuestra sociedad? ¿Se quiere que desaparezca el rasgo más profundo y característico de la monarquía española?

Estas ó semejantes reflexiones hechas por el señor ministro de Gracia y Justicia acompañadas de datos curiosos y de argumentos *ad hominem* que en vano trató de contestar el Sr. Barzanallana, nos dan por ahora la seguridad de que las nuevas ideas de este señor senador no prevalecerán; pero al mismo tiempo nos indican cuál es la tendencia de ciertos conservadores, y acabarán por hacer abrir los ojos á muchos que los tenían cerrados.

Conozcámonos; que no habremos hecho poco si hemos llegado á saber lo que de ellos podremos esperar.

#### Dice hoy *La Epoca*:

«No habiendo sido muy feliz en sus negociaciones con Roma el conde Crivelli, le reemplazará el baron de Meysemburg, subsecretario de Estado y persona de toda la confianza del baron de Beust.»

El mismo periódico fundaba días pasados un largo artículo de cargos contra nosotros en las concesiones obtenidas en Roma por el conde Crivelli á favor del gobierno austriaco.

#### Cosas de *La Epoca*.

Del artículo de fondo que hoy publica *La España* tomamos las siguientes líneas:

«Parece que si el Sr. Cardenal se hubiese propuesto negar su voto al actual ministerio en la cuestión del Banco territorial, habría de apoyarse principalmente en la posibilidad de que á la corta ó á la larga, y antes que se hubiese hecho uso de la autorización pedida, viniera otro ministerio que no le inspirase confianza, y al cual no estuviera de humor de hacer el regalo de semejanza autorización.»

### CORREO DE HOY.

Ha sido nombrado embajador de Rusia en París el conde de Stackelberg, que desempeñaba igual cargo en la corte de Viena.

El Sr. Moustier y el Sr. Goltz tienen frecuentes y largas conferencias en el ministerio de Negocios extranjeros. El público de París hace misterios de estas conferencias, á que se supone un alto carácter político.

Una carta de Berlín demuestra que las reducciones hechas en el ejército federal no son nada para que se haga mención de ellas, cuanto más para signo pacífico. En los escuadrones se suprime un oficial y dos soldados, y por este estilo son las reducciones todas que se han hecho. Se vé, pues, que la medida tomada por el Gobierno prusiano carece completamente de la importancia que se la ha querido dar.

#### Dice la *France*:

«El 27 de Abril empezó en la Cámara de los Comunes la discusión de la moción de Gladstone relativa á la Iglesia de Irlanda. En esta sesión, después de la presentación de varias proposiciones en pró y en contra, han hablado entre otros oradores, el Sr. Vain, que ha pedido la convocación de un nuevo Parlamento á principio del año próximo, para resolver esta cuestión; el Sr. Corst, que se ha esforzado en probar que la proposición de Gladstone atacaba directamente á la Iglesia del Estado inglés, y que la disolución de los lazos que unen la Iglesia al Gobierno, sería todavía más fatal para el Estado que para la misma Iglesia; el señor Gladstone que ha insistido para que se votara inmediatamente su proposición; y en fin, el Sr. Disraeli que no ha querido acomodarse á ninguna cosa, para que se cerrara inmediatamente una discusión tan importante. La discusión ha sido aplazada.»

Todos los periódicos ingleses dicen que el ejército de Abisinia dejará pronto el territorio africano. Nosotros que no creemos en el *desinterés* de Inglaterra, esperamos que el ejército no saldrá de Abisinia, por lo menos en su totalidad, hasta dejar establecido algo que asegure el poder y la influencia de Inglaterra en aquellos países.

Nos persuadimos más de esto, cuando vemos que en la *Cité* se ha formado, ó se va á formar un comité, para pedir al Gobierno una posición estratégica en Abisinia, para la protección del comercio inglés.

Dícese también que dos príncipes indígenas habían suplicado al Sr. Napier, que se quedase en Abisinia para arreglar los negocios interiores del país.

Una carta de las fronteras de Polonia, dice que el Rey de Prusia hará pronto un viaje á San Petersburgo. Las autoridades de Varsovia han sido

ya notificadas, y el conde de Berg irá á la frontera pruso-polaca para recibir á Federico Guillermo, y le acompañará después hasta Viena.

Mucho adelanta la alianza entre Prusia y Rusia: tenemos el resultado de esta alianza, que creemos ha de ser fatal para Europa.

El Príncipe Nicolás de Leuchtenberg, que había salido de San Petersburgo, ha llegado á Berlín.

Los Obispos irlandeses han dirigido á la reina Victoria una petición, que ha consentido en recibir.

Dice una correspondencia de París: «La expedición de Abisinia no se emprendió, como cree fácilmente el vulgo, para libertar á Mr. Cameron y sus tres ó cuatro compañeros de cautiverio. Sea cual fuere la protección que la Inglaterra dispensa en todas partes á sus agentes, probablemente hubiera vacilado en gastar un centenar de millones, y lanzarse á los peligros y azares de semejante expedición, sobre todo en el estado de perturbación de Europa, si algún interés superior no hubiese determinado su conducta. Dos profundas ideas decidieron al Gabinete de Londres: contrabalancear el negocio completamente francés del canal de Suez, y tomar una prenda contra las eventualidades cada vez más próximas de la cuestión de Oriente.»

Una expedición científica bajo los órdenes del célebre P. Secchi, saldrá pronto para las Indias, con el objeto de estudiar el eclipse total de sol que habrá en Agosto. Los gastos de esta expedición corren de cuenta del Tesoro pontificio.

Las fortalezas de la frontera del Rhin han recibido provisiones de víveres para no necesitar comprarlos en muchos meses, y poder mantener las guarniciones sin que salgan de los fuertes. No nos parece esto un signo muy pacífico.

### ULTIMA HORA.

Telégramas de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL (Agencia Havas-Bullier.)

Paris, 1.º de Mayo.

Las últimas noticias de Haití anuncian que los insurrectos habían evacuado la isla de Gonaive y que Sainval la había hecho ocupar por su Estado mayor.

Flores, 30.

Han entrado en esta capital el príncipe Humberto y su esposa la princesa Margarita, que han sido acogidos de la manera más entusiasta, y que han tenido un recibimiento espléndido.

Paris, 30.

3 por 100 interior español, 38.  
3 por 100 francés, 69,25.  
4 1/2 ídem 99-40.

Londres, 30.

Consolidado, 93 7/8 á 94.  
3 por 100 portugués, 40.

Paris, 29.

Dícese que Francia, Prusia y Austria han dirigido enérgicas reclamaciones al Gobierno rumano, protestando contra las persecuciones de que han sido objeto los judíos.

El Cuerpo legislativo examinará mañana la interpeleación de Brame sobre la situación económica de Francia.

Berlin 29.

El duque de Ujest ha sido nombrado vicepresidente del Parlamento aduanero.

Hé aquí el real decreto comunicado ayer al Congreso y al Senado sobre el matrimonio de la infanta doña Isabel con el hermano del rey de Nápoles:

«Por convenir al bien de mi Real familia y al de la nación, oído mi Consejo de Ministros, he venido en prestar mi Real consentimiento para que mi muy amada y querida hija la infanta doña María Isabel Francisca de Asís contraiga matrimonio con

mi muy amado primo el príncipe D. Cayetano María Federico de Borbon, conde de Girgenti. Mi Gobierno pondrá en conocimiento de las Cortes esta mi real resolución.

Palacio 29 de Abril de 1868.—Firmado.—Yo la Reina.—El ministro de Estado, Joaquín de Roncali.»

Dice *El Noticiero* que se ha mandado que se observen con la mas esquisita prevision los medios de prueba para la jubilación por causa de imposibilidad física y notoria de los empleados de las diversas carreras civiles.

En Puerto-Rico se está ya pagando al corriente todos los servicios del Estado.

Se ha dispuesto que las vacaciones del Consejo de Estado empiencen el 15 de Julio y terminen el 15 de Setiembre.

Dentro de pocos días saldrá para Barcelona el nuevo capitán general de aquel distrito, marqués de Novaliches.

La comisión del Congreso que entiende en el proyecto de ley sobre reforma de la de sanidad, se ha constituido nombrando presidente al señor Cardenal, y secretario al Sr. Fernandez Lósada.

El señor ministro de Marina presentará probablemente á las Cortes uno de estos días un proyecto de ley sobre ascensos en la armada.

Dice un periódico que es casi seguro que el señor Perales, director de Obras públicas, cesará en este cargo pasando á desempeñar otro destino.

El 13 se verificará con toda solemnidad el enlace de la infanta doña María Isabel con el conde de Girgenti.

El enlace será solemnizado con un banquete oficial, gran baile en Palacio y una función de convite en uno de los teatros.

Parece que los infantes, después de su casamiento, se trasladarán al palacio del Sr. Salamanca en el paseo de Recoletos, que ha sido comprado con este objeto.

Años hace que el Sr. Salamanca deseaba vender su palacio á los reyes.

Se dice que un senador ha dirigido una pregunta al Gobierno sobre las cesantías hechas por el Sr. Sanchez Ocaña.

Parece que el señor ministro de Hacienda ha dispuesto que el cange de las carpetas provisionales por billetes hipotecarios se realice en todas las provincias.

Ha llegado á Valencia nuestro distinguido paisano el Sr. D. Antonio Aparici y Guisardo.

Dice *El Imparcial* de hoy:

«Se nos ruega hagamos constar que desde el día 30 de Enero de este año, en que tomó posesión del cargo de fiscal de imprenta el señor Santos Guzman, es inexacta en todas sus partes la afirmación hecha por el señor Pastor en la sesión de anteaño del Senado, respecto á la sustitución de palabras en ninguna clase de publicaciones.»

La fragata *Numancia* ha entrado en el dique flotante de Cartagena, con el objeto de limpiar sus fondos después de haber sido reparada de las averías de la campaña del Pacífico y habérsele hecho algunas importantes reformas.

En el arsenal de Cartagena siguen activamente los trabajos de la *Resolución* y *Zaragoza*.

El Excmo. Ilmo. señor Arzobispo de Burgos ha dispuesto que se celebren en la santa iglesia metropolitana rogativas públicas los días 1.º, 2.º y 3.º de Mayo.

169  
No 1868.

del imperio romano; la mas estrecha union y en el mayor grado de pujanza posible de la omnipotencia política y de la supremacía religiosa. Contempla de lejos con mal disimulada satisfacción las catástrofes que amenazan al dominio temporal del Pontificado con la esperanza de recoger entre sus ruinas los despojos de su supremacía espiritual.

No comprende que una soberanía espiritual sentada en tales ruinas y colocada en tal aislamiento pueda sostenerse largo tiempo, y se prepara en silencio á recoger en Occidente la herencia de una primacía ya insostenible á sus ojos. Esta ambición de tomar en sus manos, bajo la égida de su poder material, la dirección religiosa del Occidente, se ha demostrado en escritos políticos-religiosos de la diplomacia rusa, y no puede ser para nada un misterio. Desde el fondo de aquellas estepas la formada una misión armada con un triple poder civil, militar y religioso, acecha, como á presa que quiere devorar, á esa dinastía de débiles ancianos, monarquía desarmada sentada sobre un trono tambaleante; se apresta á extender hasta allí, en un portento más ó menos próximo, esa mano de gigante que toca á la vez á los dos extremos del viejo continente. «Si, escribía poco há un hombre colocado en buena posición para penetrar en esos designios, la Iglesia ortodoxa no aspira á menos que á dislocar el eje del mundo religioso, y no aspira á eso sino porque el eje del mundo político parece que se disloca. En el Concilio de Florencia (1439) y aun después, Roma llamaba á la Iglesia griega, y ahora la Iglesia ortodoxa llama á Roma y aspira á erigirse en centro cristiano.»

No habéis olvidado, señores, una visita que hace veintidós años hizo el Papa Gregorio XVI, al autócrata de todas las Rusias. La historia ha consignado el estremecimiento que sintió el Emperador más activo ante la monarquía más débil; el autócrata temió en presencia de aquella augusta debilidad. Y ¿quéreis saber cómo interpretaba la diplomacia rusa algunos días después aquella célebre visita? Pues oid: «El Emperador ortodoxo, escribía un diplomático, ha entrado en Roma después de tantos siglos de ausencia.» Así, nada hay más cierto que para la Iglesia ortodoxa los

CONFERENCIAS DEL P. FELIX. 22

### INDICE.

CONFERENCIA 1.ª	Decadencia por el ateísmo.—El ateísmo ante el progreso...	5
2.ª	Decadencia por el ateísmo.—(Continuación.)	33
3.ª	Lo que debe ser la Religión para realizar el progreso...	61
4.ª	Religiones no cristianas ante el progreso...	87
5.ª	Las religiones protestantes ante el progreso...	115
6.ª	Las religiones cristianas, católicas ante el progreso...	145



Habiendo llegado á noticia de la dirección de impuestos indirectos que se abusa en perjuicio de la Hacienda de la facultad concedida á los viajeros de presentar los equipajes, se han tomado algunas medidas para evitarlo encargando que el hilo ó bramante con que se cruzan los bultos, se deje todo lo tirante que sea posible y sin dar vuelta alguna á las asas de los bultos, pues esta vuelta, una vez quitadas dichas asas, aumenta la longitud del hilo y facilita la operación fraudulenta que trata de evitarse.

A las dos de la tarde de ayer 30 de Abril salió de Cádiz para las Antillas el vapor-correo *Santan-der*, conduciendo la correspondencia pública y de oficio.

La *Gaceta* publica hoy el real decreto siguiente:

«De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de ministros, vengo en admitir la dimisión que me ha presentado D. Víctor Cardenal del cargo de consejero de Estado, declarándole cesante con el haber que por el sufragio le correspondía, y quedando satisfecha del celo é inteligencia con que lo ha desempeñado.

Dado en Palacio á treinta de Abril de mil ochocientos sesenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El Presidente del Consejo de ministros, Luis Gonzalez Brabo.

El consejo de Estado está examinando el expediente general sobre reducción de ayuntamientos.

En la subasta celebrada el 29 para la adquisición de créditos del material del Tesoro, se adquirieron 240,272 rs. nominales por 23,925,794 escudos en efectivo.

En la subasta de la deuda del personal se han adquirido 369,169 rs. nominales, cuyo líquido efectivo es el de 9284 escudos 835 milésimas.

Parece que en el nuevo reglamento para las exposiciones públicas se introducen muchas importantes reformas.

## NOTICIAS GENERALES.

El domingo 3 de mayo, á la una y media de la tarde, empezará sus lecturas y explicaciones sobre los usos y costumbres de la Edad media en España, en la real academia de Arqueología, D. Basilio Sebastian Castellanos.

La guardia civil del puesto de Torquemada, Palencia, ha capturado á varios individuos, presuntos autores de varios robos y que parece intentaron robar la iglesia de dicho pueblo.

Ayer se verificó la rifa del cerdo de la plaza de la Cebada, y ha sido premiado el número 33886.

En el teatro del Circo (Bufos madrileños) se prepara un gran concierto vocal é instrumental para la noche del 4 de Mayo por los Sres. Casella, Zabalza y Amigo, con la cooperación de los distinguidos artistas señores Kennel, y los señores Tamberlick, Bonnehée, Selva, Parera, Perez, Sós y Mondejar, los cuales se han prestado gustosos á tomar parte para el mejor éxito del mismo.

Ayer se vendió el trigo en Valladolid á 69 (12 y 70 rs., lo cual denota alguna baja en el precio de este artículo.

Dice un periódico: «En el pueblo de Reus se han hecho rogativas para conseguir el beneficio de la lluvia. En el acto

de la procesion empezó á llover con tal abundancia, que el Párrico del pueblo tuvo que tapar con la capa pluvial la imagen de María Santísima de la Oliva que llevaban en hombros varios labradores del país. En aquel mismo momento se inició la idea de una suscripción para construir un santuario á la Virgen, reuniendo acto continuo más de cinco mil escudos, en cuya cantidad figuraron desde luego las ofrendas de varias señoras del pueblo.»

La congregación de la Santa Cruz y víctimas del Dos de Mayo de 1808 celebrará mañana en la iglesia de las Maravillas vigilia y Misa de *Requiem* en sufragio de los héroes que sucumbieron el expresado día en aquel barrio en defensa de la Religión y del Trono, dirigiéndose, después de la oración fúnebre, al parque de Monteleón, donde se cantará el último responso en el sitio en que quedó muerto el ilustre capitán de artillería D. Pedro Velarde.

La Real Esclavitud de Jesús Nazareno celebrará el domingo próximo en la iglesia de su advocación una solemne Misa de rogativa para alcanzar el beneficio de la lluvia.

Hoy se principia en esta corte á recaudar el cuarto trimestre de las contribuciones del actual año económico, cuyas cuotas vencen para los contribuyentes del 1.º al 5 de este mes.

Ya se han puesto á la venta en varios estancos de esta capital los cigarros habanos, de clase y precios diferentes, fijados estos en las precintas que llevan los envases.

Ha sido anulada, previa consulta del Consejo de Estado, la real orden que autorizaba las corridas de novillos y toros en la plaza de los Campos Eliseos.

El diputado á Cortes Sr. Menendez de Lurcar, ha salido para Asturias, su país.

El día 22 parece que se intentó cometer un robo en la habitación de D. Julian Gomez, vecino de Colmenar Viejo, y los ladrones dieron muerte á un niño de 13 años, sobrino de la casa. A media noche había capturado ya la Guardia rural al presunto autor de este crimen.

Segun un periódico de Jerez, es tanta la afluencia de forasteros que con motivo de la feria acuden á aquella ciudad, que están materialmente atestadas todas las fondas, posadas y casas de huéspedes.

En la madrugada de ayer falleció en esta corte el señor duque de Sedavé.

También ha fallecido en Salamanca el diputado D. Eusebio Bermudez de Castro. R. I. P.

Segun costumbre de todos los años, hoy principian en la iglesia de Santo Tomás los devotos ejercicios que la Corte de Maria consagra todos los dias de Mayo al toque de oraciones, á su gloriosa titular la Madre del Amor Hermoso.

La costumbre de celebrar los faustos sucesos de familia con limosnas y obras de caridad, se va extendiendo mucho en Madrid y especialmente en la época actual en que las clases acomodadas tienen el deber de acudir al socorro de los necesitados.

## LA HACIENDA EN AUSTRIA.

Los asuntos de Viena acaso tengan un resultado que no se esperaba, por una grave crisis que amenaza la vida del ministerio: la crisis financiera. La Hacienda es en Austria, como en casi todas las naciones, la cuestión más perentoria, cuya solución no admite demora, y en aquella nación no sería de extrañar que produjera la caída del Gobierno. Las complicaciones que de esto resultarían, no pueden preverse; pero por nuestra parte no nos causaría pena la

caída del actual Gabinete, porque creemos y hemos manifestado antes de ahora, que la revolución que tan inminente juzgan ciertos periódicos, no tiene las graves proporciones de que se la quiere revestir; y mucho menos la tendrían, si la caída del ministerio fuese ocasionada por una cosa que desea todo el país; la repulsa del impuesto.

El ministro de Hacienda, Sr. Brestel, ha visto que la bancarota se divisaba cada vez más amenazadora; contempla el mal estado de la Hacienda en Austria, y la enorme diferencia entre gastos é ingresos, y se ha puesto á discurrir sobre los diferentes medios de que podía echar mano para sacar de apuros el Tesoro.

Pero es el caso que todos le han parecido malos; muchos de ellos gastados y otros vigentes en Austria. La emisión de nuevos billetes del Estado, no le ha parecido buena, y además ha declarado que solo en casos extraordinarios en última necesidad, debía apelarse á este recurso: un nuevo empréstito, sería apresurar la ruina; el impuesto mobiliario ha sido mirado con malos ojos; un empréstito forzoso sobre el clero y sobre los ricos, no podía aceptarse, porque el gobierno no quiere disgustar á los judíos, y los judíos son en general muy ricos en Austria; de manera que no se presentaba un medio que pudiera satisfacer las necesidades del Tesoro y las aspiraciones del gobierno.

El Sr. Brestel, sin embargo, no se ha desanimado por eso; es prudoniano, y se ha acogido á las doctrinas de su maestro. Pero de tales doctrinas no puede salir nada bueno, y de aquí que el proyecto del gobierno, ha sido muy mal recibido en todo el imperio.

El Sr. Brestel sometió á la aprobación del Gobierno varios proyectos de ley referentes á la conversión de la renta, impuesto progresivo sobre el capital, extracción del 15 por 100 del producto de las loterías, y nueva emisión de billetes del Estado por 20 millones de florines, que se reembolsarían con la venta de varias propiedades for-ales de Bohemia. El Gobierno aprobó lo propuesto por el ministro, y sus proyectos aparecieron en la *Gaceta*.

Al principio no se comprendió la verdadera significación del impuesto progresivo; se creyó que consistía en el derecho de percibir durante tres años sobre todos los valores austríacos, derecho que aumentaría con el capital; pero luego que se vió claro lo que era, hubo protestas de todas partes, y en Bohemia especialmente se hicieron públicas. Se dirigieron manifestaciones al Gobierno, á la comisión de la Dieta, á las Cámaras y al mismo Emperador. El comité de la comisión de presupuestos examinó los proyectos de ley, y declaró por unanimidad que debía rechazarse el relativo á la creación de un impuesto sobre el capital.

Un periódico francés dice lo que representa en cifras conocidas el impuesto progresivo de Proudhon, que quiere plantear el Gobierno aus-

triaco. Para contentar á los pequeños rentistas y dejar á los grandes capitalistas un misero consuelo, 1,500 florines se declaran exentos del impuesto; el capital excedente paga su contribución progresiva. Uno que tenga 3,000 florines pagará 18; el que tenga 6,000, 34, y el que tenga 9,000 pagará 90 florines. El capitalista que posea 50,000 ó 100,000 florines en valores mobiliarios, pagará la décima parte de su capital. Esto es monstruoso, añade el periódico citado; pues he aquí la verdad del famoso impuesto progresivo.

Este es el impuesto con cuya repulsa amenazaba Beust al Emperador si no sancionaba las leyes antireligiosas votadas en las Cámaras; y este es el impuesto que, sin tener en cuenta la sanción ó no sancion de las leyes, rechazan las Cámaras ahora. En vista de esto, el Gobierno dice que disolverá la Cámara si el impuesto no se aprueba; pero la Cámara protesta en nombre de los pueblos que no votará jamás semejante impuesto.

Podrá suceder que el ministerio haga dimisión (porque no es verosímil que la Cámara sea disuelta), á no ser que retire su proyecto; pero de todos modos, la Cámara y el Gobierno son ya incompatibles. Se han propuesto algunas modificaciones al proyecto, como el impuesto gradual sobre la renta; pero el sistema es el mismo, y no están los pueblos austríacos para aceptar las doctrinas de Proudhon.

Palpables son ya los efectos del mal gobierno del actual ministerio austríaco: si continúa en el poder, la bancarota vendrá, y junto este mal gravísimo con los males y divisiones que producirán en todo el imperio las leyes votadas contra el Concordato, Austria entrará en un periodo calamitoso de disolución, del que solo Dios sabe qué resultaría. El emperador no debe estar muy lejos de pensar así, cuando tanto retarda la sanción de las nuevas leyes. Ahora que ve que es un fantasma el mal con que se le amenazaba por la repulsa del impuesto, porque de todas maneras será rechazado, no tiene nada el baron de Beust que presagiarle. Que el emperador vea que estos trastornos no han de ser tan graves como se quieren suponer, y acaso las leyes no serán sancionadas.

Nunca hemos dudado de los buenos sentimientos y religiosidad de Francisco José: estábamos persuadidos de que le costaría mucho romper con el concordato; hoy estamos más convencidos de ello todavía. El baron de Meysemburg, subsecretario de Estado, acaba de ser enviado á Roma con una misión importante cerca de la Santa Sede. El emperador no quiere de ninguna manera romper con ella: ninguna de las nuevas leyes recibirá la sanción hasta que vuelva aquel diplomático. No sabemos qué resultado tendrán sus gestiones; pero estamos seguros de que la Santa Sede, con la prudencia y tolerancia que en toda la guía, transigirá en todo aquello que pueda transigir, con el buen deseo de mantener la concordia entre las dos cortes; y espe-

ramos que el emperador hará las modificaciones y concesiones necesarias, ó no sancionará las leyes, pues no creemos que violará un contrato solemne, libre y legalmente establecido con Pio IX.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. *San Felipe y Santiago*, apóstoles.

SANTO DE MAÑANA. *San Anastasio*, Obispo y doctor.

### CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de Santa Cruz: á las diez habrá misa mayor, y por la tarde vísperas solemnes y reserva.

Continúa celebrándose la novena de la Divina Pastora en San Antonio del Prado, y será orador D. Pedro Garcia San Juan en la misa mayor y en los ejercicios de la tarde el P. Cipriano Tornos.

Principia la novena del Santísimo Sacramento en la parroquia de San Ginés: á las diez se cantará la letanía de los Santos y después la misa mayor con sermon por el Sr. P. Fernando Lorenzo de Albay concluida la *Nona*. Por la tarde á las cinco se cantarán solemnes vísperas: en seguida se hará la meditación y después tendrá el sermón D. Vicente Pastor, concluyendo con la letanía del Santo, Salmo Credidi, Pange lingua y el Alabado.

En las parroquias Buen Suceso, Maravillas, San Antonio la Florida y en Jesús Nazareno, se hará aniversario por las víctimas del 2 de Mayo de 1808, y con más solemnidad en San Isidro, siendo con asistencia del Excmo. ayuntamiento.

En la iglesia de San Cayetano principia la novena que anualmente se consagra á la Virgen del Tránsito: los ejercicios comenzarán á las seis y dirá hoy el sermón D. Basilio Sanchez Grande.

Predicarán por la noche en los ejercicios del Mes de Mayo en las Carboneras, D. Juan Barbero; en Santo Tomás, el P. Montalban; en San Isidro, don Raimundo Carrillo, y en San Ignacio, D. Genaro Espino.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de la Providencia en Maravillas, ó la del Pópulo en San Justo.

## BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 30 de Abril de 1868.

### FONDOS PÚBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 31-20 y 31-00; á plazo, 31-00 fin cor. fir.; 31-20 y 31-00 fin. próx. fir.

Idem del 3 por 100 diferido, publicado, 32-65.

Deuda amortizable de segunda clase, no publicado, 17-50.

Material del Tesoro no preferente con interés, no publicado, 99-20.

Deuda del personal, no publicado, 25-20 d.

Obligaciones municipales al portador, de 1.000 reales, no publicado, 64-50.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 98-30.

Idem id. de la segunda serie, no publicado, 90-70.

### BOLSAS EXTRANJERAS.

Londres 28 de Abril.—Consolidados, 94 1/8.

Paris 28 de Abril.—Exterior español, 33-55.—Diferido, 32-60.

### MADRID: 1868.

Editor responsable: D. C. NAVARRO VILLOSLADA.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo 34, á cargo de R. Lavajos y Arenas.

170  
CONFERENCIAS DEL P. FELIX.  
siglos de separación no son mas que siglos de ausencia, y al entrar la autocracia en Roma presuma entrar en su propia casa.

¡Ah! Si Dios permitiera que para la vieja Europa cristiana sonara la hora de esa humillación y esclavitud suprema, al entrar la autocracia rusa en Roma, esto es, en el centro de todas las libertades, como en su propia casa y colocándola allí sobre el trono de los Papas algún sortido esclavo del despotismo moscovítico, ¡temblo solo al pensarlo! Una inmensa red de esclavitud se esbozaría por todas partes y sobre todo. La religión dos veces humillada caería en espantosa degradación, y ese resorte divino de todas las civilizaciones humanas, sería en manos de ese vasto despotismo religioso el instrumento mas activo de la barbarie y de la decadencia europea.

Pero no, no quiero temer tanta desventura para la religion y la especie humana; no sucederá así. El ojo del mundo religioso no se conmoverá, aunque se comueva el ojo del mundo político. La vieja Europa, vencida y todo por la fuerza, no se resignará jamás á tal humillación. ¡La conciencia universal depurando de un autocracia y tendiendo para administrarla un Clero esclavo, esperando la menor indicación de su señor!... No, eso no sucederá; eso no puede suceder en la vieja Europa libre por Cristo Salvador.

¿Qué digo? El mismo moscovitismo por medio de sus mejores elementos se subleva hoy contra ese envilecimiento y esa esclavitud religiosa, que es á los ojos de la civilización europea una afrenta para Rusia. Algunos hombres importantes de aquel país sienten con tristeza que la vitalidad, la fecundidad, el honor, la dignidad y la libertad, en fin, no pueden nacer de esa esclavitud, y ellos mismos, movidos por un instinto inslinto se vuelven hacia Roma y exclaman á través del espacio que los separa: «¡Madre mia! ¡Ah, hermanos míos, tenéis razón! Roma es la madre común. Ella os aguiata también á vosotros, y algún día nos daremos en su seno el abrazo dichoso de nuestra cristiana fraternidad.

171  
AÑO 1868.  
¡Oh Iglesia! ¡Oh Madre mia! ¡Santa Iglesia católica! Si, esperamos la hora de la reconciliación fraternal, que será la hora más grande y hermosa de vuestra maternidad, lastimada por rebeliones é ingratitudes seculares. Tú eres la que buscamos á través de esos tristes ramos de la division y del cisma, de la esterilidad y de la servidumbre religiosa. A través de las bras que pasaban por delante de nosotros siempre entreveíamos tu radiante figura. ¡Oh Jerusalén, siempre bella y siempre esplendorosa! Te descubrimos en las más altas cumbres del mundo en el apogeo de tu eterna juventud, en tu divino esplendor y en tu incomparable majestad, y yo te saludo con todas estas almas, cuya fe responde á mi fe, cuya esperanza responde á mi esperanza, y cuyo amor responde á mi amor.

Señores, alcanzaré la dicha de visitar con vosotros esa verdadera ciudad de Dios y mostráros sus maravillas sin igual! ¡Sábelo Dios, que me lleve según su santa voluntad nuestros días, nuestras fuerzas y nuestros destinos. Pero si tal fuera su designio, lo que no me atrevo á creer, después de dar con vosotros una vuelta por la Ciudad Divina, y de enseñaros su admirable arquitectura y las maravillas seculares que adornan y embellecen su inmenso recinto ¡oh! al fin de ambición satisfecha, besaría con amor y agradecimiento este sagrado pavimento, y con el pesar de haber estado muy inferior á mi gran ministerio, pero con la alegría de haber consumido en él la mejor parte de mi humilde vida, exclamaría: *Nunc dimittis*.... Señor, dejad que vaya en paz vuestro indigno servidor; mis ojos han visto y mi palabra ha mostrado á mis hermanos la obra hecha por vuestra mano para la salvación y el progreso del mundo: he concluido mi jornada; dejad marchar al inhábil obrero, que no merecía poner sus humildes las fuerzas que vuestra bondad haga sobrevivir á mi juventud.

FIN.